

“Sólo digo compañeros. Secuestrados y asesinados de La Plata, Berisso Y Ensenada”, aportes de un trabajo de memoria a la Historia y la Justicia

Georgina Strasser¹

Resumen

La presente ponencia aborda la contribución al trabajo de memoria sobre los sucesos acontecidos durante la última dictadura cívico-militar, del libro “Solo Digo Compañeros. Secuestrados y asesinados de La Plata, Berisso Y Ensenada” (Horacio Rafart, 2015). El mismo reúne datos de 1200 secuestrados de dichas ciudades a partir de una meticulosa investigación realizada por el autor con la intención de recuperarlos del olvido e imprimir sus existencias en el campo de la memoria colectiva. Se analiza aquí y a propósito de dicha obra, el rol del testimonio como germen de la crítica; el aporte de la memoria a la historia, en tanto construcción de sentidos compartidos, aspecto constitutivo de la identidad y elemento de las luchas sociales; así como el aporte de la historia (de la crítica histórica) a la memoria, en relación a la justicia. Con el apoyo de autores como Todorov, Ricoeur y Jelin, se reflexiona en torno al para qué, cómo y qué recordar (la dimensión instrumental), y al por qué recordar, el “deber de memoria” (la dimensión ética-moral).

¹ Licenciada en Antropología, Dra. en Ciencias Naturales, UNLP (Especialidad: Antropología Médica).
Profesora adjunta efectiva, FCH, UNSL. carolottoberlin@yahoo.com.ar

“Sólo digo compañeros. Secuestrados y asesinados de La Plata, Berisso Y Ensenada”, aportes de un trabajo de memoria a la Historia y la Justicia

“Voy a escribir sobre hombres y mujeres que atravesaron las mismas calles que pisamos diariamente, los mismos colegios a los que van nuestros hijos, los mismos trabajos a los que concurrimos. Queremos dejar sentada su existencia. No son bronces, ni mármoles, ni siluetas. No son sólo memoria, no son sólo números ni nombres suspendidos en el aire ni en papeles, como si fueran una guía telefónica a la que se hojea de vez en cuando. No son vacío, son ideas a las que sectores de nuestro presente pretende condenar al olvido y al silencio para evitar la concreta razón de su existir. Esos nombres tenían cara, vida, casa, parejas, hijos, padres, madres, amigos, ambiciones. Y no ambiciones personales, sino colectivas” (Rafart, 2015: 14, 15).

El trabajo de memoria: “palabrerío” de una “Izquierda verbosa” o reconocimiento de quienes “tuvieron la valentía de jugarse por los demás”

El libro “Solo Digo Compañeros. Secuestrados y asesinados de La Plata, Berisso Y Ensenada”, de Horacio Rafart², publicado en 2015 en Nuestra América Editorial, es el resultado de una meticulosa búsqueda e investigación realizada por el autor, quien logró reunir los datos de 1200 secuestrados de dichas ciudades, fecha de nacimiento de cada desaparecido, datos de los padres, lugares donde se educó, organización en la que militaba, si fue visto en algún centro clandestino de detención, causa de la muerte y si sus restos fueron hallados. Como lo expresa en sus páginas introductorias (junto a las reflexiones de varios colaboradores que ofician de clave de lectura para el resto del libro), su intención es recuperar del olvido la existencia de la mayor cantidad de personas, en su mayoría jóvenes, que fueron “desaparecidos” y que por no ser personalidades destacadas, sus vidas, luchas y muertes no forman parte de la memoria colectiva ni, por ende, de la historia.

El trabajo de memoria sobre los sucesos acontecidos durante la última dictadura cívico-militar ha ido abriendo posibilidades de complejizar la narración en términos de rescatar la heterogeneidad y la diversidad de miradas y experiencias en torno a lo que puede ser considerado una “catástrofe social”. Esta categoría de Käes permite visibilizar las consecuencias más profundas de un genocidio, donde “el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios o simbólicos, predisuestos en las instituciones sociales o generacionales [...] provocan efectos de ruptura en el trabajo psíquico de ligadura, de representación y de articulación” (Käes, 1991: 144, 145, en Paulinelli, 2013, s/p), y por lo tanto, valorar el trabajo de memoria “como posibilidad de superación de ese trauma social, pero también, desde la enunciación en cuanto tal para tratar de entenderlo y desde allí evitar su repetición mediante la ejemplaridad de la interpretación” (Paulinelli, 2013, s/p).

Paulinelli señala cómo en la actualidad se ha visto promovida la proliferación de relatos donde las víctimas del terrorismo de estado son recordadas, a partir de testimonios de terceros, como héroes o sujetos con un fuerte compromiso en la lucha social a la vez que como personas de carne y hueso, atravesadas por la complejidad de la intersección entre la

² Actor, director teatral, dramaturgo, escritor y docente. Autor de numerosas obras teatrales con un fuerte contenido político, social e histórico, que han recorrido más de 30 países, integrante de la compañía de teatro argentina La Cuarta Pared, director también de la película La victoria de Beto (sobre el militante montonero Víctor H. Díaz).

vida política y la vida privada (Paulinelli, 2013). “No son mártires porque no querían morir. Eran héroes que, a pesar de los defectos humanos, tuvieron la valentía de jugarse por los demás” dice J. P. Asuaje en su colaboración al libro de Rafart; “es necesario reivindicarlos como ‘culpables’ de haber resistido hasta las últimas consecuencias y no como ‘inocentes’, víctimas de los excesos de una represión ‘necesaria’ o como simples ‘perejiles’ sacrificados por conducciones políticas inescrupulosas [...] si la actitud de algunos de los pocos sobrevivientes ha sido vergonzante, eso no es culpa de los que cayeron. Y eso es algo que debe saberse” (Asuaje en Rafart, 2015: 17, 31).

Los relatos sobre la memoria de la última dictadura en Argentina podrían ser categorizados como relatos de “posmemoria” en el sentido propuesto por Hirsch y Young, donde “el rasgo diferencial de la posmemoria es el carácter ineludiblemente mediado de los recuerdos” (Sarlo, 2005: 127). Categorización que Sarlo cuestiona en tanto que dicha mediación con los hechos del pasado a través de los discursos de terceros, lejos de ser un rasgo específico, es lo corriente: es muy poco lo que la memoria directa de la experiencia aporta a la reconstrucción de la historia, “del resto de los hechos contemporáneos a los sujetos, éstos se enteran por el discurso de terceros; ese discurso, a su vez, puede estar sostenido en la experiencia o resultar de una construcción basada en fuentes”, y en las sociedades modernas “estas fuentes son crecientemente mediáticas, desligadas de la escucha directa de una historia contada en vivo por su protagonista” (Sarlo, 2005: 127). Pero además, tratándose de la memoria sobre los desaparecidos, “la posmemoria es tanto un efecto de discurso como una relación particular con los materiales de la reconstrucción” pues “lo que se desconoce, no es un efecto de la memoria de segunda generación sino una consecuencia del modo en que la dictadura administró el asesinato” (Sarlo, 2005: 157).

Inevitablemente la reconstrucción histórica de gran parte de lo que aconteció en esta vergonzosa etapa de la historia nacional (y latinoamericana) estará llena de vacíos dado que esa fue la intención de quienes se arrogaron el derecho de decidir el destino de un pueblo sin la obligación de tener que dar cuenta ni responder a nadie por las decisiones tomadas contra la vida de miles de ciudadanos, el bienestar de toda una sociedad y la soberanía de la nación.

Como señala R. Baschetti en su Prólogo a “Sólo digo compañeros”, “el resultado de esta práctica abyecta que incluía el secuestro, la tortura y la muerte de miles de compatriotas” fue una “nueva figura, la del ‘desaparecido’ y con ella el miedo, el terror, la angustia, la duda, la indefinición de familiares, compañeros y amigos del caído en desgracia. Un ‘limbo’ personal y social se construía, se levantaba de la nada alrededor del que ya no estaba [...] debieron pasar más de veinticinco años para que las cosas pudieran comenzar a pronunciarse por sus nombres exactos” (Baschetti en Rafart, 2015: 11). Este libro, como tantos otros trabajos que abordan los acontecimientos de la última dictadura cívico-militar, pretende llenar algunos de los numerosos vacíos con que la historia nacional quedó horadada, para poder “seguir rearmando el rompecabezas que nos trataron de ocultar sustrayendo piezas” (Baschetti en Rafart, 2015: 12).

Pero lo que motiva también el seguir reconstruyendo una parte de la historia nacional mantenida (como sus hechos) en la oscuridad mediante la fuerza, el miedo, la negación y la indiferencia, es que desde los sectores que la gestaron, y los herederos de sus beneficios, se siga obstaculizando su “salir a la luz”, la investigación y comprensión de los intereses que estaban en juego detrás del genocidio, el conocimiento del destino de las víctimas y sobre todo, de los nombres y caras de los responsables. “Hoy, en tiempos en que el fascismo argentino reverdece a partir de la campaña mediática en la que se montan los

amigos de los represores, el sacrificio de estos compañeros no es considerado por una gran parte de la sociedad como un acto heroico de quienes buscaban una patria mejor para todos, sino como el justo castigo que tuvieron ‘por andarse metiendo en cosas raras’”, señala Asuaje (en Rafart, 2015: 30). Sirva como ejemplo emblemático y sintomático la nota editorial de La Nación del 23 de noviembre de 2015 (el día siguiente a las elecciones presidenciales que colocaron a Mauricio Macri como presidente), titulada “No más venganza”:

“La elección de un nuevo gobierno es momento propicio para terminar con las mentiras sobre los años 70 y las actuales violaciones de los derechos humanos [se refieren a la situación de los militares presos acusados y condenados por multiplicidad de crímenes de lesa humanidad]. [...] grupos terroristas que asesinaron aquí con armas, bombas e integración celular de la que en nada se diferencian quienes provocaron el viernes 13, en París, la conmoción que sacudió al mundo [en alusión a los ataques terroristas del viernes 13 de noviembre de 2015 en la capital francesa]. Aquella izquierda verbosa, de verdadera configuración fascista antes y ahora, se apoderó desde comienzos del gobierno de los Kirchner del aparato propagandístico oficial. [...] el aberrante terrorismo de Estado sucedió al pánico social provocado por las matanzas indiscriminadas perpetradas por grupos entrenados para una guerra sucia, a los que el kirchnerismo ha distinguido con la absurda calificación de ‘juventud maravillosa’[...] Ha llegado la hora de poner las cosas en su lugar. Debatir que quienes sembraron la anarquía en el país y destruyeron vidas y bienes no pueden gozar por más tiempo de un reconocimiento histórico [...] El palabrerío de sujetos que han sido responsables de haber incendiado al país en los años setenta convencidos de que las armas de fuego y los explosivos, con sus secuelas de muerte y dolor, eran la vía de acceso a una sociedad mejor, no puede intimidar a los políticos responsables, ni a los jueces compenetrados de su misión, de actuar en consonancia con la verdad histórica y los principios básicos del derecho penal”³.

El interés en juego detrás de la instrumentación de toda la maquinaria mediática, burocrática, jurídica y represiva para acallar las voces de aquella historia, no es sólo evitar los juicios que, durante el gobierno anterior, amenazaban con caer sobre la sociedad civil involucrada, sino también borrar o distorsionar las ideas políticas que impulsaron a los jóvenes y por las que se los persiguió, secuestró, torturó y asesinó. “Se ha intentado, de múltiples maneras, opacar la gesta realizada con el propósito de que nuevas generaciones de revolucionarios no retomen la tarea inconclusa. En este sentido han sido víctimas de un segundo secuestro, una segunda desaparición, han intentado quitarles sus sueños, sus ideales, sus convicciones y principios, pero su marcha de gigantes no podrá ser detenida porque se reanuda en cada movilización, en cada huelga, en cada acto o en una simple reunión están presentes, si no olvidamos que nuestros compañeros lucharon por la patria socialista”, señala D. de Santis en su colaboración al libro de Rafart (en Rafart, 2015: 36).

Así, el trabajo de memoria, el abrirse camino de las voces oprimidas, forma parte de las luchas sociales, está atravesado por las lógicas político económicas que determinan fuertemente las disputas en el campo discursivo, y si bien puede haber contado con viento a favor en los años en que fue producido y publicado “Sólo digo compañeros”, la tarea ha sido siempre un arduo remar contra la corriente, hoy nuevamente embravecida. Cabe entonces la distinción que hace Pollak entre “coyunturas favorables o desfavorables a las memorias marginadas”, lo cual implica “reconocer hasta qué punto el presente tiñe el pasado. Según las circunstancias, se da la emergencia de ciertos recuerdos y el énfasis es puesto sobre uno u otro aspecto” (Pollak, 1989: 24). Hoy, y a pesar del fuerte retroceso

³<http://www.lanacion.com.ar/1847930-no-mas-venganza>

experimentado en políticas de derechos humanos, continúan promoviéndose desde espacios subalternizados trabajos de memoria como el que gestó este libro, que permiten “acopiar, reunir, sistematizar, dilucidar y dar a conocer registros mínimos pero esenciales a la vez, de militantes gremiales, sociales y políticos secuestrados-desaparecidos-asesinados por la canalla dictatorial” (Baschetti, en Rafart, 2015: 12). Hoy son muchos quienes luego de cuatro décadas profundizan desde diversos ámbitos y lenguajes, ese “palabrerío de sujetos que han sido responsables de haber incendiado al país” porque, como dice Pollak, los dominantes “no pueden jamás controlar perfectamente hasta dónde llevarán las reivindicaciones que se forman al mismo tiempo en que caen los tabúes conservados por la memoria oficial anterior”; se da una “supervivencia, durante décadas, de recuerdos traumáticos, recuerdos que aguardan el momento propicio para ser expresado. A pesar del gran adoctrinamiento ideológico, estos recuerdos durante tanto tiempo confinados al silencio y transmitidos de una generación a otra oralmente, y no a través de publicaciones, permanecen vivos. El largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales” (Pollak, 1989: 20).

Testimonio, germen de la crítica. Memoria, guardián del pasado. El aporte de la memoria a la historia

“aunque en realidad ni el propio diablo sabe qué es lo que recuerda o no recuerda la gente” (Rafart en su obra de teatro “El Túnel”, basada en el libro de Ernesto Sábato)

“Lo que fue ya no puede no haber sido: en adelante, este hecho misterioso y profundamente oscuro de haber sido es su viático para siempre”⁴ dice Jankélévitch para expresar el carácter irrevocable del pasado: el “haber sido/haber hecho” no puede ser aniquilado (en Ricoeur, 2000: 621, 622), y por más empeño que se pusiera en borrar las pruebas de los crímenes de lesa humanidad, por más que en la actualidad las elites dominantes, favorecidas por, e implicadas en dichos crímenes intenten, desde una memoria “impuesta”, distorsionar el pasado reciente argentino, desde numerosas y heterogéneas acciones (artísticas, académicas, comunitarias, institucionales, y sobre todo políticas) se continúa luchando contra un olvido también impuesto. Por “memoria impuesta” Ricoeur se refiere a los discursos que refuerzan las condiciones de hegemonía al cristalizar el relato “al servicio del cierre identitario”. Esta memoria “manipulada” intenta contrarrestar la fragilidad de la identidad colectiva que deviene de su carácter relacional, es decir, de la confrontación con el otro. Entre la reivindicación de identidad y las expresiones públicas de memoria se intercala la ideología, instrumento de justificación, seducción e intimidación, relato impuesto que “controla la memoria”, y que no es sólo patrimonio de los regímenes totalitarios sino de todos los celosos de la gloria (Ricoeur, 2000: 111, 115). Este tipo de memoria “está equipada por una historia ‘autorizada’, la historia oficial, la historia aprendida y celebrada públicamente” y se vincula con lo que Todorov destaca como “abusos de memoria” o “control de la memoria”, el culto de la memoria por la memoria que “oblitara [...] la cuestión del fin, del reto moral” (Ricoeur, 2000: 116, 117).

⁴ Frase que Ricoeur utiliza como exergo de su libro “La memoria, la historia, el olvido” (2000).

Así, el aporte de la memoria a la historia recae en el vínculo que aquella tiene con el pasado: “la memoria es del pasado”, dice Ricoeur, en contraste con el futuro de la conjetura y de la espera, y con el presente de la percepción, “presencia, ausencia, anterioridad, representación, forman la primerísima cadena conceptual del discurso de la memoria. La ambición de fidelidad de la memoria precedería así a la ambición de verdad de la historia (Ricoeur, 2000: 33, 300). Ricoeur identifica en esa exigencia de verdad-fidelidad a la que se somete la memoria (en contraposición a la imaginación), su magnitud cognitiva, ese requisito de confianza, “este *claim* que constituye la dimensión epistémica-veritativa del *orthos logos* de la memoria” (Ricoeur, 2000: 79). El deseo de fidelidad “se vincula a la intencionalidad de la memoria en cuanto guardián de la profundidad del tiempo y de la distancia temporal” (Ricoeur, 2000: 82), pero de allí también su “vulnerabilidad fundamental” dado que la memoria se basa en la relación “entre la ausencia de la cosa recordada y su presencia según el modo de la representación”, problema que comparte con toda modalidad de relación representativa con el pasado (Ricoeur, 2000: 83).

No obstante esa vulnerabilidad inherente, Ricoeur sostiene que su extenso libro, “La memoria, la historia, el olvido”, “es un alegato a favor de la memoria como matriz de la historia, en la medida en que sigue siendo el guardián de la problemática de la relación representativa del presente con el pasado” (Ricoeur, 2000: 118), “no tenemos nada mejor que la memoria para asegurarnos de la realidad de nuestros recuerdos [...] no tenemos nada mejor que el testimonio para acreditar la representación historiadora del pasado” (Ricoeur, 2000: 366).

Jelin también señala el vínculo conflictivo entre memoria e historia en torno al tratamiento del pasado y el afán de verdad-fidelidad “porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (derechos de vida, de justicia, de subjetividad)” (Jelin 2002: 9). Entonces, por un lado el testimonio, como expresión de la memoria y “acto fundador del discurso histórico”, “transmite a la historia la energía de la memoria declarativa” (“yo estaba allí! Creedme o no. ¡Y si no me creéis, preguntad a cualquier otro!”), implica un crédito de confianza al otro (Ricoeur, 2000: 637); y por su parte la historia, en tanto relato desde un presente y gracias a la distancia temporal que separa su relato del acontecimiento, “supera ese ‘algo que ha ocurrido’ para integrar los antecedentes y las causas más las resultantes en el transcurso del tiempo”, relacionando el acontecimiento con otros que le otorgan una profundidad interpretativa, una complejidad de sentido.

“Sólo digo compañeros” es un ejemplo de tal amalgama: recupera para imprimir en el campo de la memoria colectiva aquellos “nombres perfectamente desconocidos”, de los cuales “sólo tienen memoria de ellos la tierra en la que quedó su sangre y nosotros, quienes los conocimos y por quienes murieron”, “casi nadie, excepto quienes los conocieron, conoce el nombre de algún trabajador común y corriente, de algún empleado, de alguna ama de casa o de algún desocupado desaparecido” (Asuaje en Rafart, 2015: 25); pero ese registro aparece acompañado por el análisis histórico y social de varios colaboradores, de manera que esas vidas (y sus muertes) recuperadas del olvido cobren sentido dentro de la trama política nacional.

Como remarca Ricoeur, “la separación entre la historia y la memoria se ensancha en la fase explicativa, en la que se ponen a prueba todos los usos disponibles del conector ‘porque...’” (Ricoeur, 2000: 637). No obstante, “el germen de la crítica está implantado en el testimonio vivo” (Ricoeur, 2000: 366), “la historia puede ampliar, completar, corregir,

incluso refutar el testimonio de la memoria sobre el pasado: pero no puede abolirlo. ¿Por qué? Porque pensamos que la memoria sigue siendo el guardián de la última dialéctica constitutiva de la paseidad del pasado, a saber: la relación entre el ‘ya no’ que señala su carácter terminado, abolido, superado, y el ‘sido’ que designa su carácter originario y, en este sentido, indestructible [...] todos los acontecimientos que dejaron su impronta traumática en los corazones y en los cuerpos: afirman que existieron y, por ello, piden que sean divulgados, contados, comprendidos” (Ricoeur, 2000: 637, 638). Y es ese reclamo de fidelidad, esa deuda con el pasado, con los acontecimientos que “piden ser divulgados, comprendidos” lo que explicita Rafart en el apartado acerca de cómo fue hecho su libro: “Este libro fue hecho de la forma más artesanal que existe. Día a día durante horas fui anotando en papeles, buscando nombres, fechas, testimonios, indicios. Preguntando de todo a todos los que se me cruzaban. Indagué en decenas de libros, hemerotecas, filmotecas, sitios *web*, y bases de datos de todos los organismos de DDHH que me abrieron las puertas. Molesté y logré desarchivar causas enmohecidas. Tomé nota de innumerables testimonios, grandes y pequeños, muchos de los cuales no hubiese querido escuchar nunca [...] tomar nota con birome transformó mi cuerpo en un mapa de memoria” (Rafart, 2015: 18).

El testimonio, “huella del pasado en el presente”, es “el operador por excelencia del conocimiento indirecto” (Ricoeur, 2000: 221), y la “estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia” (Ricoeur, 2000: 41). En el registro de testimonios y su presentación como trama articulada en una matriz interpretativa se produce el pasaje de la memoria individual a la colectiva, pasaje necesario para que la historia se valga de la memoria. “La historia no puede pretender apoyar, corregir, criticar, incluso incluir la memoria más que bajo la forma de la memoria colectiva. Ésta constituye el confidente apropiado de la historia” (Ricoeur, 2000: 157). Este autor toma de Durkheim (en su obra “La memoria colectiva”), la idea de que para acordarse, necesitamos de los otros, y que accedemos a acontecimientos reconstruidos para nosotros por otros distintos de nosotros. Como se afirmó anteriormente, la mayoría de nuestros recuerdos no provienen de experiencias individuales, sino de relatos colectivos, e incluso aquella memoria más personal está tejida con hilos sociales, nos valemos de “marcos sociales” para evocarla.

La noción de “marco social” de la memoria ha sido elaborada por Halbwachs, en el sentido de representaciones sociales compartidas por una sociedad, su visión del mundo, donde quedan expresadas sus necesidades y valores, indican cómo y desde dónde recordar, “son los instrumentos que la memoria colectiva utiliza para reconstruir una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad (2004: 10, en Paulinelli, 2006: 19). “Sólo podemos recordar cuando es posible recuperar la posición de los acontecimientos pasados en los marcos de la memoria colectiva [...] El olvido se explica por la desaparición de estos marcos o de parte de ellos (Halbwachs, 1992: 172). Y esto implica la presencia de lo social, aun en los momentos más ‘individuales’. ‘Nunca estamos solos’ -uno no recuerda solo sino con la ayuda de los recuerdos de otros y con los códigos culturales, compartidos, aun cuando las memorias personales son únicas y singulares” (Jelin, 2002: 20).

Esta articulación entre memoria individual y colectiva a través del relato, vincula la narrativa en torno al pasado con los procesos identitarios, en la medida en que ésta establece los significados compartidos por una comunidad, desde los cuales se hará la interpretación del pasado común: “poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad” (Gillis, 1994 en Jelin, 2002: 24). Entender la identidad, no en términos esencialistas (como rasgos objetivos invariantes característicos de un grupo), ni

completamente subjetivos (pura elección de los sujetos), sino en términos relacionales, permite ver su carácter procesual, social, discursivo y político: los procesos de identidad son construcciones sociales en torno a fronteras auto y heteropercibidas por los grupos, que orientan las prácticas e implican luchas y confrontaciones en el plano de las representaciones sociales, con sus correlatos en el plano material (político-económico). Así, la memoria y la identidad de una comunidad se constituyen mutuamente en el plano simbólico, “no son cosas *sobre* las que pensamos, sino cosas *con* las que pensamos. Como tales, no tienen existencia fuera de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias” (Gillis, 1994: 5) [...] para fijar ciertos parámetros de identidad (nacional, de género, política o de otro tipo) el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con ‘otros’” (Jelin, 2002: 24, 25). A su vez, qué recordar y cómo recordar dependerá de los sentidos compartidos por una comunidad.

Vista así, la memoria opera como “posibilidad enunciativa de la identidad” (Paulinelli, s/d). El aporte de la memoria colectiva a la identidad colectiva, sería reconocer esos acontecimientos, esos actores del pasado (recuperados gracias a la rememoración de quienes los vivieron/conocieron) como parte de un pasado común, que es lo que permite la referencia a un “nosotros”. Dice Paulinelli en “Caminar la memoria, apuntes sobre ‘Los corredores de la memoria’ de Susana Barco”: “la memoria de una época no es la memoria de algunos, sino un derecho de todos. Que no es un registro de fechas, lugares y nombres en textos escolares, ni tampoco un rostro congelado en algún bronce, o un feriado en el almanaque. Es algo que nos constituye, nos explica, nos da sentidos para continuar. Que no es un mero recordatorio de un pasado más o menos distante, sino la urdimbre en la que se inscribe el presente y el futuro, el entramado en el que se asientan nuestras vidas” (Paulinelli, s/d(2)).

Al final de “Sólo digo compañeros” hay un capítulo denominado “Pendientes”, “que es el que tiene que terminar de escribir la sociedad” dado que este libro, señala su autor, “es un trabajo inconcluso, por eso invitamos a todos los que tengan algo para aportar, a completarlo, a darle la mayor veracidad a nuestros ‘compañeros’ [...] Todo aporta, y es la mejor manera de construir: entre todos. Construir un ‘nosotros’” (Rafart, 2015: 19). El pasado es recuperado a través de la producción simbólica (cultural), requiere de la agencia humana para existir como pasado en el presente. “La memoria, entonces, se produce en tanto hay sujetos que comparten una cultura, en tanto hay agentes sociales que intentan ‘materializar’ estos sentidos del pasado en diversos productos culturales que son concebidos como, o que se convierten en, vehículos de la memoria, tales como libros, museos, monumentos, películas o libros de historia” (Jelin, 2002: 37).

¿Para qué recordar? El aporte de la historia a la memoria: crítica histórica y justicia

“lo extremo cohabita en germen con lo cotidiano. Hay que saber distinguir, no obstante, entre germen y fruto” (Todorov, 2000: 45).

Hasta aquí se ha dicho que la memoria, “guardián del pasado”, contribuye a la historia, y en tanto construcción de sentidos compartidos, es un aspecto constitutivo de la identidad, pero para qué recordar? cómo y qué recordar? La cita de Todorov con que se inicia este apartado refiere a la complejidad con que los hechos se presentan, en una coexistencia de causas y consecuencias que dificulta su discernimiento pero al que, sin

embargo, no se debe renunciar, pues de lo contrario se tendrá por historia sólo una enumeración de hechos inconexos, que nada dicen sobre el presente.

Dice Rafart en las páginas introductorias de su libro que el mismo “no habla desde la muerte, aunque esté presente en todo el libro. Pretende hablar de la vida. Pensar en ellos, en sus ideas y en su voluntad militante. Está escrito para que en el futuro los jóvenes tengan otra referencia al ‘...acá siempre fue igual...’. Porque acá no siempre fue igual. En La Plata, Berisso y Ensenada existieron miles de jóvenes que tenían otra opción al modelo que los condenaba desde su nacimiento” (Rafart, 2015: 17). Una contribución de la memoria al recuperar las existencias de personas que tiempo atrás “formularon expectativas, previsiones, deseos, temores, y proyectos es fracturar el determinismo histórico introduciendo de nuevo, retrospectivamente, la contingencia en la historia” (Ricoeur, 2000: 493). Por ello es importante no olvidar que “el referente último del discurso de la historia es la acción social en su capacidad para producir vínculo social e identidades”, de manera que lo que la historia tiene para mostrar es a los “agentes capaces de iniciativa, de orientación, en situaciones de incertidumbre, como réplica a limitaciones, normas, instituciones” (Ricoeur, 2000: 497).

Se trata de recordar para aprender del pasado, se trata de una memoria aleccionadora, lo que Todorov llama “memoria ejemplar” (Todorov, 2000). Frente a lo que él identifica (y condena) como “abuso de memoria”: “memoria literal”, mera evocación repetitiva de víctimas y crímenes, vistos como únicos e irrepetibles, abuso político que produce una saturación del pensamiento sin permitirle ir más allá de los acontecimientos concretos, Todorov propone un uso “ejemplar”, donde un hecho pasado es leído como modelo para comprender situaciones nuevas, promoviendo el debate y la reflexión sobre ese pasado y su sentido para el presente y el futuro (Jelin, 2002: 32, 33). “¿Acaso pensar en este presente al que todos puteamos diariamente y ante el cual nos resignamos diciendo “acá siempre fue igual”, no merece un gramo de reflexión sobre sus orígenes? ¿Cómo llegamos hasta acá?”, dice Rafart, “los setenta no hubieran existido si las causas, aún vigentes, y mucho peor aún, no hubieran sido las propicias. Los compañeros no querían morir, querían vivir, pero que todos vivan como merece un ser humano” (20015: 16,17).

Además, como “más importante que recordar es comprender” (Sarlo en Paulinelli, 2009, s/p), la memoria ejemplar implica un tomar distancia y mirar los acontecimientos pasados a la luz del presente y con vistas al futuro, y aquí el aporte de la historia a la memoria, para evitar que ésta, como la “compulsión de repetición” a nivel individual (Ricoeur juega con la analogía, sin intenciones de reducir los abusos de la memoria colectiva a patologías de la memoria individual) caiga en una mera repetición/evocación (con su contracara de silencios y olvidos) irreflexiva, descontextualizada y sin aportar nada para el presente.

Por “memoria ejemplar” Todorov entiende un empleo de la recuperación del pasado como un “modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes”, “principio de acción para el presente”, lo cual implica leerlo como manifestación de una categoría más general, sin negar la propia singularidad del suceso (Todorov, 2000: 18, 31). Esta generalización permite establecer relaciones y comparaciones, mientras que “aquello que es singular no nos enseña nada para el porvenir. Si el suceso es único, podemos conservarlo en la memoria y actuar en función de ese recuerdo, pero no podrá ser utilizado como clave para otra ocasión; igualmente, si desciframos en un pasado suceso una lección para el presente, es que reconocemos en ambos unas características comunes” (Todorov, 2000: 37, 38). Si el pasado ha de servir de lección debe poder relacionarse con el presente. El uso

ejemplar de la memoria posibilita “aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro” (Todorov, 2000: 32), de ahí que para este autor este tipo de memoria sea potencialmente liberadora y se vincule a la búsqueda de justicia. “Lejos de seguir siendo prisioneros del pasado, lo habremos puesto al servicio del presente, como la memoria -y el olvido- se han de poner al servicio de la justicia” (Todorov, 2000: 59).

Entonces la historia posee “un privilegio”, dirá Ricoeur: “no sólo el de extender la memoria colectiva más allá de cualquier recuerdo efectivo, sino también el de corregir, criticar e incluso desmentir la memoria de una comunidad determinada, cuando se repliega y se encierra en sus sufrimientos propios hasta el punto de volverse ciega y sorda a los sufrimientos de las otras comunidades. La memoria encuentra el sentido de la justicia en el camino de la crítica histórica. ¿Qué sería una memoria feliz que no fuese al mismo tiempo una memoria equitativa?” (Ricoeur, 2000: 640). Así, frente a los abusos de memoria/olvido, de la manipulación ideológica de la memoria colectiva, la estrategia es la búsqueda de justicia, el análisis crítico que permite ver “la cuestión del fin, del reto moral” de las acciones realizadas, análisis que, como se citó anteriormente, “el culto de la memoria por la memoria oblitera” (Ricoeur, 2000: 117).

¿Por qué recordar? Deber de memoria y justicia

“Y escuchará la voz de la no-olvidadiza memoria, excluida del campo del poder por la olvidadiza memoria vinculada a la refundación prosaica de lo político. A este precio puede preservarse la débil barrera que separa la amnistía de la amnesia” (Ricoeur, 2000: 641).

En el apartado anterior se habló del “para qué” de la memoria, que refiere a una dimensión más instrumental (para qué “sirve” algo), vinculada también al “cómo” y al “qué” recordar. El “por qué” [recordar], requiere una respuesta en el plano de lo moral o de la ética. En qué consiste el “deber de memoria”, qué es el deber de no olvidar, de luchar contra el olvido? De dónde adquiere la memoria ese carácter de “deber/obligación moral”? Dice Ricoeur que, si “debemos a los que nos precedieron una parte de lo que somos. El deber de memoria [...] cultiva el sentimiento de estar obligados respecto a estos otros” que “ya no están pero estuvieron”, “el deber de memoria es el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí”, y “entre todas las virtudes, la justicia es la que, por excelencia y por constitución, se dirige hacia el otro” (Ricoeur, 2000: 120).

Paulinelli se refiere en este sentido a una “memoria política”, pues tiene como eje el reconocimiento del otro, al abordar “cuestiones fundamentales de toda sociedad como las violaciones a los derechos humanos, la justicia y la responsabilidad colectiva”, así como el valor de la identidad de los sujetos y grupos sociales (Paulinelli, 2009). Dicha autora toma de F. Birulés la idea de que “hacerse cargo de la memoria, de lo que ya no es y acaso hubiera podido ser”, es asumir “un presente desencajado que vaya más allá - siempre conflictivamente- de la homogeneidad y de la complacencia” (s/d, en Paulinelli, 2006: 37). La memoria sobre los acontecimientos de la última dictadura cívico-militar posee un deber de hacer justicia más urgente o ineludible que la memoria de otros sucesos menos desafortunados, dado que “la reprobación que cae sobre ellos y que los hace tener por inaceptables”, “la pronuncia el ciudadano, cosa que el historiador no deja de ser”: un acontecimiento límite “lo es en la memoria individual y colectiva antes de serlo en el

discurso del historiador. De este foco surge la atestación-protesta que coloca al historiador-ciudadano en situación de responsabilidad respecto del pasado” (Ricoeur, 2000: 375, 340).

Cuando Ricoeur habla de “acontecimientos límite”, lo hace remarcando “lo irreparable en cuanto a los efectos, lo imprescriptible en cuanto a la justicia penal, lo imperdonable en cuanto al juicio moral”, son el resultado de acciones donde “más allá de la voluntad de hacer sufrir, de eliminar, se alza la voluntad de humillar, de entregar al otro al desamparo del abandono, del desprecio de sí. Lo injustificable va más allá de la experiencia de la falta, puesto que a la confesión del más allá de lo no-válido en cuanto a las acciones, se añade la de la complicidad del querer por parte del agente” (Ricoeur, 2000: 593). Frente a esta clase de acontecimientos es que el deber de memoria se torna crucial para la justicia, y entre el historiador y el juez emerge el ciudadano “imparcial pero no infalible”: “su mirada se estructura a partir de su experiencia propia, instruida de modo diverso por el juez penal y por la investigación histórica publicada [...] su intervención no termina nunca, lo que lo sitúa más bien del lado del historiador. Pero está a la búsqueda de un juicio garantizado, que querría definitivo como el del juez. Por todos estos conceptos, continúa siendo el árbitro último” (Ricoeur, 2000: 433).

“Que también [el libro] resulte útil para el Poder Judicial en su encomiable labor de administrar Justicia”, dice Baschetti en el Prólogo de “Sólo digo compañeros” (2015: 12), porque la primer deuda es la de hacer justicia y no sólo mediante el recuerdo, sino en el ámbito jurídico penal. Y para ello es necesario el testimonio junto a la investigación histórica, ya que “solo juntas, escrituralidad, explicación comprensiva y prueba documental son capaces de acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico. Sólo el movimiento de remisión del arte de escribir a las técnicas de la investigación y a los procedimientos críticos es capaz de conducir la protesta al rango de una atestación crítica” (Ricoeur, 2000: 365).

Pero más allá de lo que la Justicia quiera o pueda hacer con lo que, desde el testimonio, el pasado le demanda, el deber de memoria es para con quienes padecieron los acontecimientos límite, “no sería un privilegio de la historia ofrecer a estos ausentes de la historia la piedad de un gesto de sepultura?” (Ricoeur, 2000: 454). Dice Pollak que las “memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados” (Pollak, 1989: 18). Este afán de recuperar para la historia esas “memorias subterráneas” es lo que ha guiado la prolífica producción de Rafart, volcada en el teatro y el cine documental. Uno de sus compañeros de teatro, G. Delfino, con quien conformó a fines de 1992 el grupo “La cuarta Pared”, comenta en su colaboración a “Sólo digo compañeros” cómo también el trabajo teatral “se sustentó en testimonios de sobrevivientes, entrevistas con familiares, informes judiciales, y todo aquello que nos permitiera retratar, desde el arte, la sensación de asfixia que nos provocaba formar parte de una sociedad que estaba acostumbrándose a vivir bajo un manto de impunidad” (Delfino en Rafart, 2015: 41).

Benjamin tomó de Tretiakow la idea del “escritor operante” quien, a diferencia del escritor informativo, no tiene como misión informar, sino luchar, intervenir activamente; y alienta a buscar “formas expresivas que representen el punto de arranque para las energías literarias del presente”, cuando las habituales han perdido capacidad de impacto, frente al valor del consumo y el desgaste de la moda, crear formas expresivas con “valor de uso revolucionario” (Benjamin, 1975, [1934]). El libro de Rafart, así como el resto de su extensa y profunda creación, lo ubican dentro de las filas de artistas comprometidos con “hablar sobre el sufrimiento del otro y así reconocer que ese otro tiene un rostro”, como

expresa Delfino, y apostando a que “el teatro puede ser también una herramienta positiva para la reflexión y la transformación de la sociedad” (en Rafart, 2015: 44, 42).

“Sólo digo compañeros” es un trabajo de memoria, que intenta encauzar en el río de la Historia, aquellos afluentes obstruidos por “represas” de represión, censura, negación e indiferencia; intenta contribuir a la corriente principal sobre la que navega la sociedad y la Nación, con vertientes que, otrora, quisieron renovar con agua fresca los turbios pantanos con que se conformaba al pueblo. “Sólo digo compañeros” intenta mostrar, como el resto de la obra de Rafart y de la compañía teatral La Cuarta Pared, que “debajo de la realidad, tal cual la conocemos, existen ríos subterráneos, donde fluyen y se generan espacios vitales y necesarios para la reconstrucción del tejido sano de nuestra sociedad” (Delfino en Rafart, 2015: 45).

Bibliografía

Benjamin, Walter 1975 [1934] *El autor como productor* (Madrid: Taurus Ed.).

Jelin, Elizabeth 2002 *Los trabajos de la memoria* (España: Siglo XXI editores).

Paulinelli, María 2006 *Relato y memoria* (Córdoba: Ediciones Documenta Municipalidad de Córdoba).

Paulinelli, María 2009 “La Memoria y sus relatos”, I Jornadas de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Villa María.

Paulinelli, María 2013 “Los relatos ficcionales sobre la memoria en la narrativa de Córdoba”, Jornadas de discusión e intercambio (Konstanz - Córdoba) “Miradas sobre la memoria”, Archivo provincial de la Memoria (Córdoba) 2013.

Paulinelli, María (s/d) “Los relatos de la memoria en Córdoba (2010-2011) Significaciones. Posibilidades discursivas”.

Paulinelli, María (s/d(2)) “Caminar la memoria, algunos apuntes sobre ‘Los corredores de la memoria’ de Susana Barco”.

Pollak, Michael 1989 “Memoria, olvido, silencio”, Texto publicado originalmente en portugués en *Revista Estudos Históricos* (Río de Janeiro) Vol. 2, Nº 3.

Rafart, Horacio y Grupo La Cuarta Pared 2015 *Solo digo compañeros. Secuestrados y asesinados de La Plata, Berisso y Ensenada* (Lanús Oeste: Nuestra América ed.).

Sarlo, Beatriz 2005 *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores).

Todorov, Tzvetan 2000 *Los abusos de la memoria* (Barcelona: Paidós).